



Mariano José de Larra

# **¡Tu amor o la muerte!**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mariano José de Larra

# ¡Tu amor o la muerte!

Comedia en un acto y en prosa

Personas:

M. MONVEL, agente de negocios.

CLOTILDE, su mujer.

SAUVIGNY

HORTENSIA DE VARENNES, viuda joven.

FERNANDO DE RANCE, su hermano.

La escena es en Ruan.

Acto único

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Más allá de la puerta, a la derecha del actor, un balcón largo que se ve de adentro. Entre el balcón y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

Escena I

MONVEL, CLOTILDE. (Acaban de almorzar: un mozo les sirve.)

MONVEL. -Decididamente, querida mía, cada vez me alegro más del rodeo que hemos dado por venir a esta hermosa ciudad de Ruan, que no habías visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar a las más lujosas de París. Salones bien adornados, hermosas

vistas, y muy bien servidos. ¡Excelente almuerzo! (Bebe, y al dejar la taza echa de ver que CLOTILDE está distraída y no toca a la suya.) ¿En qué piensas?

CLOTILDE. -(Volviendo en sí.) ¡Yo! en nada. Dime, ¿a qué hora nos pondremos mañana en camino?

MONVEL. -He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente tenemos toda una noche para descansar. Pero eso no explica la causa de tu distracción. ¿Estás triste?

CLOTILDE. -No; no tengo nada.

MONVEL. -¡Oh! sí, sí. Se me figura que tu tristeza empezó dos o tres días antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece, sin embargo, que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido a tomar los baños de mar en Bolonia: el año pasado fuimos a Italia: hace dos años a las aguas de Bañeras.

CLOTILDE. -(Con viveza.) ¡Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

MONVEL. -Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que a ti. ¡Cada vez que me acuerdo de aquel pobre joven, con quien me iba yo por las mañanas a buscar plantas raras por la sierra, y a quien llegué a cobrar un afecto tan sincero...!

CLOTILDE. -¡Qué fin tan desgraciado!

MONVEL. -¡Y tan necio! ¡matarse, y sin saberse por qué!

CLOTILDE. -A mí me aseguraron que una pasión.

MONVEL. -¡Mayor necesidad aún!

CLOTILDE. -¿Qué?

MONVEL. -¡Digo que esa es mayor necesidad!

CLOTILDE. -¡Ah! porque no comprendes toda la extensión de ese sacrificio. Tú no serías capaz de matarte por una mujer.

MONVEL. -¡En mi vida!

CLOTILDE. -¡Ni aun por la tuya!

MONVEL. -Mucho lo sentiría a lo menos, y ella también me parece. Porque al fin yo les pondría un dilema a esos locos... O la mujer a quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, o mi muerte ha de serle

indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversión tan cara.

CLOTILDE. -Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar.

MONVEL. -¿Y por qué no? Por lo mismo que quiero a mi mujer y a mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: «Más útil les he de ser viviendo que después de muerto, y por lo tanto vivamos.» Vamos a ver, a ti, por ejemplo, ¿qué te falta? ¿Hay en todo París una sola mujer de un agente de negocios más feliz que tú? ¿No está siempre a tu disposición la llave de mi gaveta? No faltas a los teatros, te abonas a la ópera, asistes a los bailes.

CLOTILDE. -No digo que no...

MONVEL. -Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mía, ¿no es verdad que no acertarías a vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases a enviudar, lo sentiría aún más por ti que por mí.

CLOTILDE. -Nunca he dicho que no seas excelente marido...

MONVEL. -En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos más del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven a disfrutar de esta hermosa vista, y a respirar el aire fresco del río. (Abren el balcón y sale afuera.)

## Escena II

MONVEL, en el balcón; CLOTILDE, FERNANDO.

CLOTILDE. -(Viendo a FERNANDO, que aparece en el fondo con una carta en la mano.)  
¡Dios mío!

FERNANDO. - (En voz baja.) ¡Chis! (Le enseña la carta, suplicándola con los ademanes que la reciba.)

CLOTILDE. -¡Otra vez!

MONVEL. -(Volviéndose.) ¿Qué? (FERNANDO ha desaparecido.) ¿Hablabas conmigo?

CLOTILDE. -(Turbada.) ¡Yo! te preguntaba si veías...

MONVEL. -(Siempre en el balcón.) Sí, estaba mirando un carruaje que ha venido por el camino de París, y que ha parado a la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea...

¡buena traza! (Saca su antejo.) Veamos... ¡Hola! ¡diantres! se me figura... sí, ella es. ¡Ah, ah, ah! a qué no sabes...

CLOTILDE. -¿Quién?

MONVEL. - ¡Qué agradable sorpresa! imposible que adivines...

CLOTILDE. -( Queriéndose asomar.) Acaba. ¿La conozco?

MONVEL. -Ya lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

CLOTILDE. -¡Hortensia!

MONVEL. -¡Cabal! a lo menos tal me parece.

CLOTILDE. -¡Es posible! ¿Qué vendrá a hacer a Ruan, sola?... ¡Querrá que la vean! si yo supiera... iría...

MONVEL. -Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus efectos. ¡Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy a ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

CLOTILDE. -Espera: ¡te vas! iremos...

MONVEL. -¡Esa es buena! ¡Tienes miedo! ¿a qué has de venir? ¡Y si no es! Vuelvo. (Sale corriendo.)

### Escena III

CLOTILDE, después FERNANDO.

CLOTILDE. -¡Me deja sola! Y si viene el otro entretanto... ¡Dios mío! ¡aquí está ya!

FERNANDO. -(Después de haber registrado con la vista el paraje por donde se fue MONVEL, y entrando precipitadamente.) Por piedad, señora, dígnese usted recibir esta carta.

CLOTILDE. -No, caballero, no; jamás. Seguramente no sé cuándo he dado lugar a un paso...

FERNANDO. -Fuerza era escribir a usted, señora, puesto que se negaba a escucharme. Llego a Bolonia pocos días antes de su partida, tengo la dicha de hallar ocasiones en que hablar a usted a solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una

explicación... Asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruaje de usted.

CLOTILDE. -Lo sé, caballero; le he visto a usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

FERNANDO. -Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco; de un loco que se ha atrevido a poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero ¡ah, señora! no me pida usted razón, no me pida usted virtudes; pídamela usted amor y nada más. Mis esperanzas, señora, arrojarlas a sus pies e implorar su compasión. Nunca tuve otras.

CLOTILDE. -Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco a usted.

FERNANDO. -¡Ah! si no es más que eso... no debo ser un extraño para usted; enlazado con una familia a quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

CLOTILDE. -(Asustada.) ¡Alguien viene! (Pasa a la izquierda de FERNANDO.)

FERNANDO. -(Vivamente.) No, nadie; y por lo que hace a mi discreción, señora...

CLOTILDE. -(Vivamente.) ¡Oh! ¡mi marido va a volver!

FERNANDO. -Lo sé, y por lo mismo, señora...

CLOTILDE. -Déjeme usted. ¡Tiemblo!

FERNANDO. -Puesto que usted no quiere oírme...

CLOTILDE. -¡Imposible!

FERNANDO. -(Presentándole la carta.) Leerá usted esta carta...

CLOTILDE. -Jamás. Tanto valdría escuchar a usted.

FERNANDO. -¿Se niega usted? Usted cree que esta pasión es hija de un capricho, que el tiempo bastará a desvanecer. ¡Oh! no. ¡Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen o la manchan para siempre: ¡una de esas pasiones que hacen a un hombre capaz de todo para conseguir el corazón de una mujer!!

CLOTILDE. -(Con viveza.) ¡Oigo la voz de Hortensia! ¡Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un extraño! ¡Oh, retírese usted, caballero, se lo ruego a usted! (Sale corriendo al encuentro de HORTENSIA por la puerta del fondo.)

FERNANDO. -(Siguiéndola.) Una palabra, una palabra no más. (Se detiene en la puerta.)

#### Escena IV

FERNANDO. (Vuelve hacia las candilejas, estrujando la carta.)

FERNANDO. -¡Y me quedo con la carta! una carta en que había agotado toda mi elocuencia. ¡Esta es la quinta ocasión que pierdo! Empiezo a creer que... pero no, por vida mía: no he de salir de aquí sin que me haya dado oídos, sin que me haya contestado. Gente sube... salgamos a ese balcón; esto es una fonda, esta es una pieza de paso. ¿Quién sabe si otra casualidad como la pasada? Aquí están. (Pasa al balcón y le entorna desde afuera.)

#### Escena V

HORTENSIA, CLOTILDE, MONVEL.

(CLOTILDE y HORTENSIA entran abrazadas todavía. MONVEL trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.)

HORTENSIA. -¡Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!

MONVEL. -No podía haberla mayor para nosotros.

CLOTILDE. -(Mirando en derredor.) (Marchó. Respiro.)

HORTENSIA. -(A la camarera, indicando la puerta de la izquierda.) Entre usted esos paquetes, en el número 6; ese es mi cuarto.

MONVEL. -(Con una caja de caoba en la mano.) ¿Y esta caja tan pesada?

HORTENSIA. -(Sonriéndose.) No es de mi uso; es de mi hermano Fernando, que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (A MONVEL.) Encima de esa mesa. (MONVEL pone la caja sobre la mesa, y pasa a la derecha de HORTENSIA.)

MONVEL. -¿Es decir que espera usted a su hermano?

HORTENSIA. -Debemos reunirnos aquí, en Ruan; yo vengo de París y él de Bretaña, o qué sé yo de dónde; porque, sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia; (A CLOTILDE.) por lo demás un joven excelente, que te presentaré, porque arde en deseos de conocerte, y que está enamorado de ti sólo por mis relaciones.

MONVEL. -¡Diantre! ¡no tiene mal gusto el picaruelo! Eso sólo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendación el querer a mi mujer. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, ¿no es verdad? ¡Ya se ve! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (A HORTENSIA.) Usted tendrá que atender a mil cosas.

HORTENSIA. -Usted no puede estorbar nunca.

MONVEL. -¡Bah, ¡bah! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy a hacer algunas compras para mi mujer.

CLOTILDE. -¿Te vas decididamente?

MONVEL. -No tardaré.

## Escena VI

HORTENSIA, CLOTILDE.

HORTENSIA. -¿Sabes que tu marido parece un excelente sujeto?

CLOTILDE. -Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (Cogiendo con las suyas las manos de HORTENSIA.) Querida Hortensia, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. ¡Y de entonces acá qué de acontecimientos!

HORTENSIA. -Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel.

CLOTILDE. -¡Y tú con Varennes, un coronel! ¡Cuánta mejor suerte te cupo, y qué dichosa debes de haber sido!

HORTENSIA. -No sé qué te diga; en los ocho meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

CLOTILDE. -¿Es posible?

HORTENSIA. -No hablemos más de eso; se acabó, ya soy viuda.



CLOTILDE. -Y con aspirantes de nuevo a tu mano, supongo.

HORTENSIA. -No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico; un joven negociante del Havre, por quien se empeña toda mi familia. Pero, si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

CLOTILDE. -¿Por qué?

HORTENSIA. -Porque me quiere demasiado.

CLOTILDE. -¿Es posible?

HORTENSIA. -¡Una pasión, un delirio, un volcán!!!

CLOTILDE. -¿Y esa tacha le pones?

HORTENSIA. -En un marido, seguramente.

CLOTILDE. -¡Ojalá que el mío tuviera ese defecto!

HORTENSIA. -Te tendría lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condición apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

CLOTILDE. -No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo; es todo un agente de negocios. Se le pasan los días hablándome de sus clientes y de sus asuntos. Seguramente no es eso lo que yo me había figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galán, que me hubiera hablado de su pasión, que me hubiera hecho versos.

HORTENSIA. -¿Estás en tu juicio? ¿Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

CLOTILDE. -¡Ah! ¡ojalá! Pero hace unos días, en vano trato de ocultárselo a mi marido, tengo un sentimiento...

HORTENSIA. -¿Por qué?

CLOTILDE. -Es una aventura, querida Hortensia.

HORTENSIA. -¿Una aventura? ¿y no me decías nada?

CLOTILDE. -(Bajando la voz.) Un joven que ha dado en quererme y en perseguirme, que me ha hecho una declaración en Bolonia, que nos ha seguido hasta aquí a caballo, y que, no ha mucho todavía, quería hacerme aceptar aquí mismo una carta.

HORTENSIA. -(Soltando una carcajada.) ¡Ah, ah, ah! ¡Y con qué seriedad me lo cuentas! ¿Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballeros se empeñan en enamorarse, ¿hay más que oírlos y reírse? Es divertidísimo.

CLOTILDE. -(Seriamente.) ¿Divertido? Todo menos eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazón, y te aseguro...

HORTENSIA. -¿El miedo? ¿miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazón demasiado bueno para vivir en sociedad.

CLOTILDE. -(Estrechando su mano y con tono sentimental.) ¡Ah, querida Hortensia! ¡Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!

HORTENSIA. -(Asustada.) ¡Dios mío! ¿qué dices? ¡La muerte de un hombre! ¡explícate, por Dios!

CLOTILDE. -Temo...

HORTENSIA. -¿Qué? estamos solas; habla.

CLOTILDE. -(Mirando en derredor.) Dices bien; nadie puede oírnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistía a ellas un joven a quien nadie conocía; su viaje no tenía objeto conocido; nadie sabía su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se había hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no había echado de ver que me galanteaba.

HORTENSIA. -¿Y no convienes conmigo en que es un excelente marido?

CLOTILDE. -Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decía todos los días con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oídos.

HORTENSIA. -Claro está.

CLOTILDE. -(Enterneciéndose gradualmente.) Un día por fin le vi pálido, agitado, descompuesto; se echó a mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazón. Resistí sin embargo, no tuve compasión. Se levantó entonces, díjome que, despreciado por mí, la vida le era enojosa, que sólo anhelaba la muerte: se alejó, ¡y mis labios no se abrieron para llamarle! Al día siguiente, querida Hortensia, el diario de Bañeras dio la noticia de que el desdichado había puesto término a su vida. Una carta que había dejado a su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hacia donde le habían visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero a orillas de un precipicio.

HORTENSIA. -¡Qué aventura, Dios mío!

CLOTILDE. -¡Se había dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

HORTENSIA. -¿Sabes que eso es espantoso y que podía haberte comprometido? ¡Fue una imprudencia por cierto imperdonable!

CLOTILDE. -(Con entusiasmo.) ¡Una imprudencia! ¡el acto mayor de valor, el más sublime! ¡era preciso querer bien de veras para eso! ¡era preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heroica!

HORTENSIA. -Vamos, ahora será un héroe; ¡ahora va a tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

CLOTILDE. -¡Desdichado! ¡Ah! si yo hubiera podido adivinar...

HORTENSIA. -(Con viveza.) ¿Qué?

CLOTILDE. -Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

HORTENSIA. -(Meneando la cabeza.) Una palabra... no siempre; no siempre; ¿quién sabe?

CLOTILDE. -¡Ah, cualquiera cosa es mejor que una muerte!

HORTENSIA. -Con todo, querida Clotilde...

CLOTILDE. -(Con bondad.) ¡Ah! y no sólo por ellos; pero tienen madre, hermanos, familia...

HORTENSIA. -Sí, pero nosotras tenemos maridos...

CLOTILDE. -(Con impaciencia.) ¡Los maridos no se matan nunca!

HORTENSIA. -¡Pues no faltaba otra cosa!

CLOTILDE. -Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. ¡Oh! te juro que no tendría valor para exponerme a otro lance semejante. (FERNANDO entreabre el balcón, manifiesta en sus gestos haberlo oído todo, y se sale en puntillas.)

HORTENSIA. -Pero en fin, ¿y tu desconocido de Bolonia? Supongo que no se querrá matar también.

CLOTILDE. -¡Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado a sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida a desengañarle.

HORTENSIA. -Bien, Clotilde. Estimo demasiado a tu marido, a ti misma, para...

CLOTILDE. -Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

HORTENSIA. -No por cierto; voy a entrar en mi cuarto para vestirme; espero a mi hermano, que no puede tardar.

CLOTILDE. -¿Vas a engalanarte para recibir a tu hermano?

HORTENSIA. -¿Quién sabe si espero a alguien más...? No te he dicho que voy al Havre, y podría acontecer, aunque yo lo he prohibido expresamente, que saliesen a mi encuentro hasta aquí.

CLOTILDE. -¡Veinticuatro leguas para verte algunas horas antes! ¡Eso es amor!

HORTENSIA. -Es impaciencia, y nada más. Antes de casarse andará cien leguas por ver a su mujer, y después no dará tal vez veinte pasos para llevarla a un baile.

CLOTILDE. -¡Ah! en cuanto a eso, mi marido me llevaría todas las noches si yo quisiera.

HORTENSIA. -¿Y te quejas? (A media voz.) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: adiós, adiós; da un abrazo a tu marido de mi parte.

CLOTILDE. -De buena gana. (HORTENSIA se entra en su cuarto.) Voy a mi cuarto también. Acaso me esté esperando ya.

## Escena VII

CLOTILDE, después FERNANDO.

(A tiempo que se dirige hacia la puerta de la derecha, ve a FERNANDO, que entra con el pelo y el vestido descompuestos.)

CLOTILDE. -¡Él es! ¡Todavía aquí! ¡Y estoy sola...! Démonos prisa...

FERNANDO. -¡Un momento!

CLOTILDE. -¡Qué agitado parece!

FERNANDO. -Me había puesto ya en camino, señora; me alejaba de esta ciudad...

CLOTILDE. -Estaba segura de ello.

FERNANDO. -De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

CLOTILDE. -¿Qué dice usted?

FERNANDO. -Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

CLOTILDE. -¡Dios mío! voy a avisarla...

FERNANDO. -(Deteniéndola.) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted sólo, a quien he querido volver a ver por última vez... «¿Es posible, me dije a mí mismo, que tanto amor no halle compasión en su pecho?... si vuelve a despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamás a oír hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.»

CLOTILDE. -No comprendo... no me atrevo a... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oídos a usted, que mi marido...

FERNANDO. -¡Su marido de usted! ¡Ah, palabra maldecida! he ahí la idea que me ha exasperado; esa palabra que no ha mucho, y después de nuestra última entrevista, ha venido a interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que había soñado... La única mujer a quien pueda amar, la mujer de quien pende mi porvenir, la veo en poder de otro, y de otro, ¡santo Dios! a quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena a la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperación... y esa desesperación, señora, no me da más que uno, no sabe inspirarme sino una determinación.

CLOTILDE. -¡Desdichado!

FERNANDO. -¿Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... ¡y usted no quiere que viva!

CLOTILDE. -Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) (Alto y con viveza.) ¡Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

FERNANDO. -Sí, y yo también, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida, tú sola puedes salvar a su hermano. ¡Tu amor, bien mío, o la muerte!

CLOTILDE. -¡Dios mío! ¡pobre Hortensia! ¡sola en el mundo, sin más que este hermano!!! (Volviéndose y viendo a FERNANDO, que abre la caja de las pistolas que había quedado sobre la mesa.) ¿Qué hace usted?

FERNANDO. -(Que se ha apoderado de una pistola.) Ese silencio es mi sentencia...

CLOTILDE. -¡Yo desfallezco!

FERNANDO. -(Desesperado.) ¡Deseas mi muerte!

CLOTILDE. -¡Insensato!

FERNANDO. -(Desesperado.) ¡Usted la exige!

CLOTILDE. -(Abalanzándose hacia él.) No, no; jamás, ¡al contrario! Porque, en fin, ¿qué quiere usted? ¿qué exige?

FERNANDO. -(Acercándose rápidamente.) ¿Qué exijo? ¡Ah! un sacrificio hartamente corto... un momento sólo de conversación, una entrevista no más.

CLOTILDE. -¡Pero mi marido va a volver!

FERNANDO. -Pues bien, luego, en esta misma pieza, a las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aquí.

CLOTILDE. -Y bien, ¿y qué?

FERNANDO. -Prométame usted tan sólo que me oirá sin enojo; nada más... un amor como el mío no puede exigir más.

CLOTILDE. -(Al menos no es exigente... ¡Oh! ¡el otro era otra cosa!) (Alto.) ¿Y a ese precio consiente usted en entregarme esas armas...?

FERNANDO. -Ahora mismo.

CLOTILDE. -Démelas usted. (FERNANDO se adelanta presentándole la caja de las pistolas. CLOTILDE retrocede asustada.) ¡No, no! no me las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo a esa papelerera.

FERNANDO. -Obedezco... (Lleva la caja a la papelerera, y se aleja. CLOTILDE corre hacia la papelerera y la cierra.) ¿Qué hace usted?

CLOTILDE. -La cierro y guardo la llave. (Pone la llave en su cinturón.) Ahora ya estoy más tranquila.

FERNANDO. -¿No olvidará usted la palabra?...

CLOTILDE. -¡Dios mío! ¿qué estoy haciendo?

FERNANDO. -¡Señora!

CLOTILDE. -Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (Escapándose hacia su cuarto.) ¡Dios mío, protegedme!

FERNANDO. -(Viéndola marchar.) ¡A las cuatro! (Saludándola.) (Se cierra la puerta tras CLOTILDE.) A las cuatro; consintió. ¡Oh! ¡excelente recurso! En lo sucesivo no he de usar

de otro. Las mujeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que también nosotros tengamos alguna cosa.

## Escena VIII

SAUVIGNY, FERNANDO.

SAUVIGNY. -¡Maldito postillón! ¡Hemos perdido medio día!

FERNANDO. -¿Quién llega? ¡Sauvigny! ¡nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

SAUVIGNY. -(Corriendo a abrazarle.) ¡Querido Fernando! ¿Hace mucho que habéis llegado?

FERNANDO. -Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

SAUVIGNY. -¿Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerle el brazo? Estoy desesperado.

FERNANDO. -¿Por qué?

SAUVIGNY. -Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillón, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... ¡Hay suerte más desdichada!

FERNANDO. -Para el caballo, sobre todo.

SAUVIGNY. -¡Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... ¡tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

FERNANDO. -¡Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

SAUVIGNY. -En ese caso, ¿por qué no se decide en fin?

FERNANDO. -¿Por qué? ¿por qué? porque le ha ido mal con su primer marido, que la adoraba, y desconfía de las grandes pasiones, y de su duración sobre todo... Teme tu mudanza.

SAUVIGNY. -¿Yo mudar? ¡Ah! bien claro se deja ver que no me conoce... ¡mudanza en mí! cuando yo llegue a querer, Fernando, es para siempre; tu hermana en fin es la única mujer a quien he querido.

FERNANDO. -(Con frialdad.) Lo creo.

SAUVIGNY. -Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

FERNANDO. -¿Y a mí me lo dices? ¿Qué me importa? eres buen muchacho, correspondido; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

SAUVIGNY. -¿Tú me lo aseguras?

FERNANDO. -Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaría un medio...

SAUVIGNY. -¿Cuál?

FERNANDO. -Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mujeres.

SAUVIGNY. -Acaba.

FERNANDO. -Pero es fuerza usar de ella con discreción: te lo diré, sin embargo, previa una condición.

SAUVIGNY. -(Con viveza.) Acepto desde luego.

FERNANDO. -Un favor que me has de hacer.

SAUVIGNY. -¿Dinero? ¡mi bolsillo está abierto para ti!

FERNANDO. -No.

SAUVIGNY. -Entre cuñados...

FERNANDO. -No se trata de eso, en otra ocasión no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

SAUVIGNY. -¿Un marido?

FERNANDO. -A quien es preciso desviar de aquí por un rato, y cuento contigo.

SAUVIGNY. -¿Conmigo, que estoy sin ver todavía a tu hermana?

FERNANDO. -Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; además no ha de ser ahora mismo precisamente, sino a las cuatro. Todavía no pueden ser.



SAUVIGNY. -¿Y dónde le he de llevar?

FERNANDO. -Adonde quieras, a ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, ¡qué sé yo!

SAUVIGNY. -Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

FERNANDO. -Pues ahí está el mérito. ¿Y qué importa, hombre? todos los maridos se parecen... ¡Oh! ¡y éste ofrece además una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes más que hablarle...

SAUVIGNY. -Fernando, ¿en conciencia, puedo yo cooperar a burlar a un marido, estando en vísperas?...

FERNANDO. -¡Hoy todavía sí! y en rigor hasta que, tráfuga decidido, te hayas pasado a las filas enemigas. ¡Pero aquí viene!

Escena IX

MONVEL, FERNANDO, SAUVIGNY.

MONVEL. -(Con varios paquetes.) ¡Qué contentas se van a poner mi mujer y mi hija! Les he comprado los dos vestidos más bonitos... (Saluda a FERNANDO, y se acerca después hacia SAUVIGNY.) ¡Qué veo! ¿Estoy yo despierto? ¿Es posible?

SAUVIGNY. -(Corriendo hacia él.) ¡Señor Monvel!...

FERNANDO. -¿Le conoces?

SAUVIGNY. -Sí, amigo mío, sí.

MONVEL. -(Estupefacto.) ¿Usted, Sauvigny, a quien creíamos muerto?

FERNANDO. -¿Cómo?

MONVEL. -La carta que usted dejó... su desaparición de Bañeras...

SAUVIGNY. -¡Ah! me recuerda usted...

MONVEL. -¿Con que no fue cierto? ¿vive usted todavía? Este incidente me colma de alegría; le quería a usted como a un hermano; ¿usted sabe el sentimiento que nos dio? Abraze usted, amigo, abraze usted. ¡Vea usted! ¡qué diablo! ¡un hombre que vive todavía!

FERNANDO. -¡Magnífico!... ¿son ustedes conocidos antiguos?... (Bajo a SAUVIGNY.) Ahora ya puedes llevarle... a las cuatro, ¿eh? (Alto.) Adiós, voy a ocuparme en tus intereses; no olvides los míos.

Escena X

MONVEL, SAUVIGNY.

MONVEL. -¡Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire a usted otra vez. ¡Usted a quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! ¡Es cosa prodigiosa! ¡Es cosa de poner el grito en las nubes!...

SAUVIGNY. -(Con viveza.) ¡Al contrario! y ruego a usted que no miente semejante aventura... sobre todo aquí.

MONVEL. -¿Por qué? ¡Un suicidio por amor!

SAUVIGNY. -Auto en favor, eso me perdería, desbarataría tal vez mi boda.

MONVEL. -¿Pues cómo?

SAUVIGNY. -¿Usted es discreto, supongo?

MONVEL. -Un agente de negocios, hombre; ¡es mi oficio!

SAUVIGNY. -Puedo fiarme de usted: además de que siempre me mostró usted tal amistad... (Después de una corta pausa.) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual había producido en mí una sensibilidad tan exquisita que me enamoraba de cuantas mujeres veía... una sobre todo.

MONVEL. -Sí, ¿aquella hermosa inglesa...?

SAUVIGNY. -No.

MONVEL. -¿La mujer del médico de los baños?

SAUVIGNY. -Nada.

MONVEL. -¿Quién, pues?

SAUVIGNY. -El nombre no hace al caso...

MONVEL. -¡Oh! ya caigo... aquella condesita...

SAUVIGNY. -Como usted quiera; tanto más, cuanto que, inflexible y severa, me trató con tal crueldad, que arrebatado del delirio, del paroxismo de la pasión... y dominado acaso también por ese mismo mal nervioso, de que tengo a usted hablado... tomé la determinación de acabar de una vez para siempre, pero una determinación firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba más en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...

MONVEL. -Sí, por lo extravagante.

SAUVIGNY. -Bien puede ser... Ahora bien; después de haber escrito a mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase a nadie a causa de mi muerte, me encaminé hacia el sitio que había escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algún poco, de pronto me sentí más frío en mi determinación; ya se ve, también me hundía en la nieve hasta la rodilla y hacía un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo a asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, a pesar mío ya, y sólo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba a precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... a ver si acierta usted.

MONVEL. -Algún monte de hielo que se desprendía...

SAUVIGNY. -Nada. Carlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví a contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «¡Agréguese usted a la batida, con nosotros, con nosotros!» dije para mí: «Después me mataré, a mediodía, y mejor todavía que ahora, porque no tendré tanto frío.» Heme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que allí perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunión desvencijado y muerto de hambre.

MONVEL. -¿Tenía usted hambre?

SAUVIGNY. -¡Devoraba! ¡un apetito de todos los diablos!... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya a algunas millas de mi precipicio, y dije para mi sayo: «Si la desesperación me ha permitido vivir todavía tres horas y media, ¿por qué no se ha de extender a cuatro, a cinco, a doce, y así sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. He aquí mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo más difícil no era volver a la vida, sino

volver a Bañeras... ¿Cómo diantre exponerme a las chanzas, a los epigramas?... ¿cómo desmentir al periódico? ¿cómo presentarme vivo ante esa misma mujer a quien amaba? No era posible. Tomando, pues, una determinación decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvíme a París, y de allí al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodón... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

MONVEL. -¿Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

SAUVIGNY. -Así es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algún tanto, y le da a uno otras ideas... ideas por ejemplo de establecimiento, de boda.

MONVEL. -Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal a los pies del objeto de su antigua pasión.

SAUVIGNY. -No; a los pies de otra persona...

MONVEL. -(Riéndose.) Pues, ¿y aquel amor que había de ser eterno, inextinguible?...

SAUVIGNY. -Existe, existe, cada vez más ardiente, más impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Sólo que ha variado de objeto.

MONVEL. -¡Ah! es el fénix que renace de sus propias cenizas.

SAUVIGNY. -Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, a pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavía su consentimiento; desconfía de mí y de mi constancia.

MONVEL. -(Con calma.) No tiene razón.

SAUVIGNY. -Y como precisamente está aquí, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua a hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

MONVEL. -¡Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediación...

SAUVIGNY. -¡Qué de bondad! ¡cuánta generosidad! ¡Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

MONVEL. -¿Qué?

SAUVIGNY. -(Viendo abrirse la puerta de la izquierda.) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

MONVEL. -¿Hortensia?

SAUVIGNY. -¿La conoce usted?

MONVEL. -Es íntima amiga de mi mujer.

SAUVIGNY. -(Espantado.) ¡De su mujer!

## Escena XI

MONVEL, SAUVIGNY, HORTENSIA, FERNANDO.

HORTENSIA. -(Saludando.) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

SAUVIGNY. -(Turbado.) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me he encontrado aquí con un amigo, un amigo verdadero.

HORTENSIA. -(Sonriendo.) Muchos tiene usted, porque aquí está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interés...

FERNANDO. -He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

HORTENSIA. -¿Qué?

SAUVIGNY. -Nada. Ha dicho a usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia será eterna, se lo juro a usted.

HORTENSIA. -¡Qué conmovido está usted!

SAUVIGNY. -Cuando la veo a usted... me encuentro además en una posición...

MONVEL. -(Adelantándose.) Embarazosa.

HORTENSIA. -(Viéndole.) ¡Ah! caballero Monvel, pero ¿y Clotilde? ¿dónde está?

MONVEL. -En su cuarto probablemente.

HORTENSIA. -(A SAUVIGNY.) Quiero presentarle a usted a mi mejor amiga.

SAUVIGNY. -(¡Santo Dios!) (Bajo a MONVEL.) ¡Esto es hecho! su sorpresa, su espanto...

MONVEL. -Dice usted bien.

HORTENSIA. -(Pasando entre MONVEL y SAUVIGNY, y tendiéndole la mano.) Venga usted.

SAUVIGNY. - Usted me perdonará, señora, pero un asunto importante, de que estaba enterando al señor, y del cual tiene la bondad de encargarse...

FERNANDO. -(Bajo a SAUVIGNY.) ¡Bravo!

SAUVIGNY. -Es forzoso que vayamos juntos a casa de un escribano de Ruan.

FERNANDO. -(Bajo a SAUVIGNY.) Eso es.

SAUVIGNY. -Que suele salir temprano.

FERNANDO. -Van a dar las cuatro.

MONVEL. -(Tomando su sombrero.) Me tiene usted a sus órdenes.

FERNANDO. -(¡Qué buen señor!)

SAUVIGNY. -(A HORTENSIA.) ¿No se incomodará usted, supongo?...

HORTENSIA. -¿Incomodarme porque se ocupe usted en sus quehaceres? al contrario; es prueba de que tiene usted juicio. Yo también tengo algunas compras que hacer en el almacén grande de la plaza; usted me acompañará hasta allí; allí le dejaré a usted solo con Monvel, de quien me alegraría que tomase usted ejemplo; y después en la mesa... porque comeremos juntos, supongo, con Monvel y su señora.

SAUVIGNY. (¡Su señora! ¡Felizmente para entonces habremos tenido tiempo de prevenirla!)

HORTENSIA. -Ea, pues, vamos. (Toma el brazo de MONVEL.)

SAUVIGNY. -(Mirando con interés a MONVEL.) (Y este pobre Monvel entre tanto... ¡Oh! no, volveré cuanto antes.) (Dando la mano a FERNANDO.) Adiós.

FERNANDO. -Adiós.

## Escena XII

FERNANDO.

FERNANDO. -¡Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. ¡Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré explicar. Pero en primer lugar prudencia: por

medio de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (Indicando la puerta del fondo.) No hay más entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (Le echa y ve a Clotilde, que entra por la derecha.) Ella es. Ya era tiempo.

### Escena XIII

CLOTILDE, a la derecha; FERNANDO, por el fondo.

CLOTILDE. -(Sin verle.) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavía. ¡Yo fallezco! tengo un miedo... (Pasa a la izquierda; se vuelve, y ve a FERNANDO.) ¡Ahí está!

FERNANDO. -(Acercándose.) ¡Oh! ¡qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje a sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza. ¡Ah, señora, usted salva la vida a un desdichado!

CLOTILDE. -(Con candor.) ¡Oh! seguramente; y a no ser por eso...

FERNANDO. -¡Apenas creía posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay más cierto, es usted misma, aquí, a mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirle a usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy más lejos de usted.

CLOTILDE. -¡Oh! más bajo, por piedad. Su hermana de usted...

FERNANDO. -No está.

CLOTILDE. -Mi marido...

FERNANDO. -Me he prevenido contra su vuelta.

CLOTILDE. -(Asustada.) ¡Santo Dios!

FERNANDO. -(Deteniéndola.) Usted me ha prometido escucharme.

CLOTILDE. -¿Y no le oigo a usted, por ventura?

FERNANDO. -Cierto; es demasiado, ¡sin duda! pero ¿puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazón? si no, no apartaría usted de mí esos ojos, por que muero, y cuya luz imploro. (Se acerca cada vez más.)

CLOTILDE. -(Queriendo alejarse.) ¡Caballero! ¿Es eso lo que me había usted prometido? ¡Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discreción...

FERNANDO. -¡Mi discreción! ¿Y qué imperio puede conservar la razón sobre quien se desconoce a sí mismo? ¿sobre aquel en cuya alma reina sola la más espantosa desesperación?

CLOTILDE. -(Asustada,) (¡Dios mío!) (Alto.) Seguramente, caballero, yo sentiría mucho ser causa de una desgracia. Usted lo ve. Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situación, porque, en fin, esta mañana no me pedía usted sino una entrevista.

FERNANDO. -¿Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? ¿de prolongar algunos instantes una existencia que ha llegado a serme enfadosa?

CLOTILDE. -¿Qué dice usted?

FERNANDO. -Que no me habré quitado la vida en su presencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no más, lo que habrá conseguido. (Con delirio.) Pero mañana, ídolo mío, ¡nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

CLOTILDE. -¡Oh, sin duda! hoy mismo, si pudiera.

FERNANDO. -(Frenético.) ¡Y quiere usted que viva!

CLOTILDE. -Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. (¡Yo sufro!)

FERNANDO. -¡Ah, bien mío! si mi voz ha sabido encontrar el camino de ese corazón, si tiene piedad de un infeliz, dígnese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdón, una sola, señora, o me verá usted expirar a sus pies.

CLOTILDE. -¡Dios mío! Alce usted. ¡Oh, no!

FERNANDO. -(Sorprendiéndole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.) Permítame siquiera, ángel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno.

CLOTILDE. -(Desasiéndose.) ¡Basta ya, caballero!

FERNANDO. -Sí, bien mío, ¡tu amor, o la muerte!

CLOTILDE. -Me es imposible sufrir más: ¡qué osadía! (Rechazándole.) Caballero, por última vez... (Llaman a la puerta.) ¡Silencio!

MONVEL. -(Desde fuera.) Abre, mujer, abre.

CLOTILDE. -¡Mi marido!

FERNANDO. -(Levantándose.) (¿Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?)



CLOTILDE. -(En voz baja.) ¡Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

FERNANDO. -(Id.) Con la condición de que en volviendo a salir prolongará usted esta entrevista; ¿me lo promete usted?

CLOTILDE. -(Fuera de sí.) Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

FERNANDO. -(En tanto que se oye llamar todavía.) Pero ¿por dónde? ¡Ah! el cuarto de mi hermana es un sagrado.

CLOTILDE. -(Viendo que se encierra. ) Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga usted. ¡Volemos a abrir! ¡Dios mío! ¿Hay situación igual a la mía? (Abre la puerta del fondo.)

Escena XIV

CLOTILDE, MONVEL.

MONVEL. -¿Te he venido a incomodar?

CLOTILDE. -(¡Esto es peor!)

MONVEL. -¿Estabas en tu cuarto, y por eso no me oías?

CLOTILDE. -(Turbada.) Ciertó; por eso te he hecho esperar.

MONVEL. -No importa, ¿qué mal hay en eso? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) (Alto.) Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.

CLOTILDE. -¿Quién, pues?

MONVEL. -Una persona que no esperabas volver a ver, y que desea ardientemente serte presentada.

CLOTILDE. -¿Para qué?

MONVEL. -Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.

CLOTILDE. -(¡Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado a pedir.) Que venga en hora buena; que entre, vamos.

MONVEL. -Siempre que prometas no asustarte...

CLOTILDE. -¡Qué! ¿quién puede ser...?

MONVEL. -Y que no te escape un solo grito de...

CLOTILDE. -Pero ¿qué es? (Viendo a SAUVIGNY, que entra, da un grito.) ¡Ah!

MONVEL. -(Sosteniéndola.) ¡No dije!

Escena XV

CLOTILDE, MONVEL, SAUVIGNY.

CLOTILDE. -¿Es un sueño?

SAUVIGNY. -Señora...

CLOTILDE. -¡Apenas puedo creer a mis ojos!

MONVEL. -El Sauvigny, el mismo Sauvigny.

SAUVIGNY. -Yo soy, señora. (¡Qué fortuna, que Hortensia no haya estado presente!)

CLOTILDE. -( Volviendo en sí de su turbación.) ¿Usted vive todavía?

SAUVIGNY. -(Avergonzado y balbuciente.) Señora, en balde lo negaría.

MONVEL. -No sólo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.

CLOTILDE. -(En tono de reconvención.) ¿Cómo, caballero, usted no murió?

SAUVIGNY. -Señora, yo pido a usted mil perdones, no es culpa mía si...

MONVEL. -Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo, te lo contaremos por menor; ¡pardiez! te ha de divertir. ¡A mí, esta mañana me ha hecho reír!!!

SAUVIGNY. -(En tono de súplica.) Señor Monvel...

MONVEL. -(Con viveza.) Tiene usted razón; no es ese el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.

CLOTILDE. -(Asombrada.) ¡Otra vez!

MONVEL. -(Con viveza.) Hay en Ruan una persona a quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.

CLOTILDE. -(Indignada.) ¡El señor! ¡Dios de justicia!

SAUVIGNY. -(Bajando los ojos.) ¡Ah, señora, es demasiado cierto!

MONVEL. -Tu querida amiga Hortensia.

CLOTILDE. -(Asombrada.) ¡Cielos! ese joven del Havre, de quien me hablaba ella esta mañana...

MONVEL. -Él es.

CLOTILDE. -¿Ese amante a quien ella no encontraba más defecto que un exceso de pasión?

MONVEL. -El mismo.

CLOTILDE. -¡Ese corazón que jamás había amado a otra, y que había de amarla siempre!

MONVEL. -Cabal.

CLOTILDE. -¡Qué horror! ¡Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.

MONVEL. -He ahí precisamente lo que es preciso evitar.

SAUVIGNY. -Señora, si mis ruegos...

MONVEL. -Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.

CLOTILDE. -¿Y veré engañar tranquilamente a mi mejor amiga?

MONVEL. -No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va a perder el juicio...

CLOTILDE. -(Indecisa.) ¿Y la otra...? ¿y la persona de Bañeras?

MONVEL. -Ya no la ama, mujer; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.

SAUVIGNY. -(Precipitadamente.) ¡No he dicho eso!

MONVEL. -Poco menos.

SAUVIGNY. -He confesado por el contrario que merecía todo mi amor, y que en efecto la adoraba...

MONVEL. -Sí, sí, una mañana, horas. Él mismo se está haciendo más reo de lo que es realmente. ¡Una pasión como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!

CLOTILDE. -¡Un pasatiempo! ¿y quería matarse?

SAUVIGNY. -(Adelantándose.) Sí, señora, estaba decidido, se lo juro a usted, y la única consideración que pudo impedírmelo...

MONVEL. -Fue un almuerzo que le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora después ya no se acordaba de semejante proyecto... ¡si me lo ha contado todo!

SAUVIGNY. -Señor Monvel...

MONVEL. -Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo.

CLOTILDE. -¡Es una infamia!

MONVEL. -¡Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada más natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña a sí mismo... ¿Pende eso de él, por ventura? ¿Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdría jurar que ha de estar uno eternamente bueno.

CLOTILDE. -Enhorabuena... ¡pero amenazar con el suicidio!

MONVEL. -¡Bah! ¡bah! Déjanos en paz. Pero ¿tú crees eso?

CLOTILDE. -(Mirando a SAUVIGNY.) A lo menos hasta ahora he creído...

MONVEL. -(Riendo.) ¡Ah, ah, ah, pobre Clotilde!

CLOTILDE. -¿Te ríes de mí?

MONVEL. -Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fe... ¡con cuánta más razón, pues, se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia!

CLOTILDE. -(Dando un grito de indignación.) ¡Ah!

MONVEL. -¿Qué tienes?

CLOTILDE. -(Pasando a la izquierda.) Nada... (¡Y yo, que no ha mucho aquí mismo!...) (Alto, mirando a la puerta del cuarto donde se encerró FERNANDO.) La presencia del señor me presta un servicio que le agradeceré, guardando ese silencio que exige.

SAUVIGNY. -¿Es posible?

MONVEL. -Cuando le dije a usted que era la bondad misma.

CLOTILDE. -(Mirando a la puerta de la izquierda.) Sí... una bondad... (Con despecho.) (de que no se habrá burlado nadie impunemente...) (Alto.) Pero ¿dónde está Hortensia?

MONVEL. -La hemos dejado haciendo compras.

CLOTILDE. -(Que se ha sentado a escribir.) ¿Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquela a sus manos... (A SAUVIGNY.) No tema usted nada; no trato de venderle a usted... al contrario. (A MONVEL.) Pero es absolutamente indispensable que esta esquela le sea entregada al momento, o al menos antes de comer.

MONVEL. -Pierde cuidado... Dijo que debía acabar sus compras por el almacén grande de la Plaza. Voy a enviar allá a un mozo de la fonda.

CLOTILDE. -(Dándole la esquela que acaba de cerrar.) Lo más pronto posible.

MONVEL. -¿Y no te parece que haríamos bien, mientras vuelve, en bajar al jardín?...

CLOTILDE. -Yo prefiero quedarme aquí.

MONVEL. -Como gustes.

CLOTILDE. -Pero tú puedes bajar; podrías acompañar a nuestra hija...

MONVEL. -Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el día.

SAUVIGNY. -(¿Qué es esto? ¿Pretende alejarle de aquí? ¿Será por Fernando?)

MONVEL. -¿Viene usted, amigo mío?

SAUVIGNY. -(¿Habrá buen hombre! ¿Cómo diablos prevenirle?) (Alto.) No; tengo que escribir, y me retiro... (¡Velaré sobre su conducta! observaré desde aquí.) (Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detrás de la cual entreabierto se mantiene durante la escena siguiente.)

MONVEL. -Hasta luego, pues.

CLOTILDE. -(Cogiéndole una mano y oprimiéndola con ternura entre las suyas.) ¡Adiós, querido esposo!

MONVEL. -¡Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (Sale por la primera puerta de la derecha. CLOTILDE, después de haber cerrado la puerta de la derecha, se dirige hacia la de la izquierda.)

Escena XVI

CLOTILDE, FERNANDO; SAUVIGNY, oculto.

CLOTILDE. -Puede usted salir; todos se han marchado. (Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.)

FERNANDO. -¡Ah, señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! mi corazón latía con tal violencia, que sentía apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

CLOTILDE. -(Fríamente.) ¿Sí?... pues siéntese usted.

FERNANDO. -(Con calor.) ¡Sentarme! ¡cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo a usted con embriaguez!

CLOTILDE. -(Haciendo labor.) Ya veo que le vuelven a usted las fuerzas.

FERNANDO. -Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir más que nunca.

CLOTILDE. -Eso sería verdaderamente sensible... porque, en fin, después de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoría posible, sería preciso renunciar del todo a los remedios.

FERNANDO. -(Asombrado.) ¿Qué quiere usted decir?

CLOTILDE. -Que en gracia del cariño que tengo a su hermana de usted, a mi mejor amiga, he querido salvar a su hermano.

FERNANDO. -¿Cómo? ¿no era por mí?

CLOTILDE. -De ningún modo... yo no le conocía a usted... Pero en tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestión de humanidad.

FERNANDO. -¿Cómo? ¿ni el menor sentimiento hacia mí, ningún afecto? ¡Oh! no es posible; ¡esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted a su lado al más desgraciado de todos los mortales! (Está visto; es cosa de volver a empezar. ¡Vea usted lo qué es una interrupción en el momento crítico!) (Alto.) Sí, señora, usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre ese bordado, que me desespera; por fin me

dirigirá usted una mirada de compasión... o estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... ¡y ese balcón que da al río... ese balcón!!! (Da algunos pasos hacia el balcón; Clotilde no se mueve.) (¡Hola! ¿no se mueve?) (Alto.) ¡Este balcón, del cual voy a precipitarme!... (¿No me detiene?) (Alto, y volviendo precipitadamente hacia ella.) Pero no, no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, a sus pies quiero deponer una existencia que usted desdeña.

CLOTILDE. -(Fríamente.) Mucho lo sentiría, pero no está en mi mano impedirlo.

FERNANDO. -¡Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo más que mi desesperación... ¡pero si pudiese encontrar un arma!...

CLOTILDE. -¿No es más que eso lo que usted desea? (Desatando fríamente la llave que pende de su cinturón.) Tome usted.

FERNANDO. -¿Qué es?

CLOTILDE. -(Levantándose.) Abra usted esa papelera... (Viendo que él titubea.) Ábrala usted; ahí encontrará usted una caja...

FERNANDO. -(¡Oiga!) (Alto.) ¿Dónde?

CLOTILDE. -Ahí mismo, ahí.

FERNANDO. -(Cogiendo la caja.) ¡Ah! estas pistolas...

CLOTILDE. -Son de usted.

FERNANDO. -(Asombrado.) (¡Cielo santo!) (Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandío y desesperado.) Con que usted lo quiere... usted lo exige...

CLOTILDE. -(Fríamente.) Puesto que no hay otro modo de curar a usted... eso es cosa de usted, amigo mío. Por usted...

FERNANDO. -Diga usted más bien que es por usted misma, que tiene usted a dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

CLOTILDE. -Auto en favor para...

FERNANDO. -¡Ah! ¡eso es ya demasiado! (Tronando.) Pues bien, señora, ¡no, no me mataré! eso sería dar a usted un buen rato, proporcionarla un placer... ¡se atreve usted a reírse todavía en una circunstancia semejante!!!

CLOTILDE. -(Riendo a carcajadas.) Sí por cierto... adelante, caballero, adelante... sólo estaba esperando este momento para adorarle a usted.

Escena XVII

FERNANDO, CLOTILDE, HORTENSIA, después SAUVIGNY.

HORTENSIA. -(Entra precipitadamente, ve a FERNANDO con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.) ¡Hermano mío! ¡Te vuelvo a ver! ¡vives todavía!

FERNANDO. -(Queriendo desasirse de sus brazos.) ¿Qué tienes? por Dios que...

HORTENSIA. -¿No estás herido?

CLOTILDE. -¡Oh! no, no; yo respondo.

HORTENSIA. -He tenido un susto; porque al fin, esta esquela de Clotilde que me acaban de dar...

FERNANDO. -(Leyendo.) «Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar.» (A CLOTILDE.) Señora, usted...

CLOTILDE. -(Riéndose.) Me figuré que querría usted morir al lado de los suyos. (Al oído de HORTENSIA.) Es una pequeña lección que le he dado; quería matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mía.

HORTENSIA. -(Mirando a FERNANDO avergonzado.) ¿Es posible?

SAUVIGNY. -¡La burla ha sido buena!

FERNANDO. -¿Cómo? ¿tú estabas también en el complot? Este insulto...

SAUVIGNY. -No, amigo mío, era sólo testigo. (Al oído.) Acuérdate de que la lección puede servirnos a los dos.

FERNANDO. -(Mirando a los tres, que se ríen de él.) ¡Ah, esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obliga a hacer por fin...

HORTENSIA. -¡Hermano mío!

SAUVIGNY. -(Calmando.) ¿Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre ti, y creo que...

CLOTILDE. -(Alargando la mano a FERNANDO.) Si mi amistad puede...

FERNANDO. -(Cogiéndola y humillado.) ¡Señora!



SAUVIGNY. -Tu hermana está tan interesada en guardar el silencio como tú; y, en cuanto a mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia. Cumple tu palabra, y olvidemos...

FERNANDO. -¡Ah, Sauvigny! Hortensia... (Mira a ésta en ademán de interceder por SAUVIGNY.)

HORTENSIA. -(Escuchando.) ¡Un momento!

### Escena XVIII

Dichos, MONVEL.

MONVEL. -(Abalanzándose a FERNANDO, a quien ve con la pistola en la mano.) ¿Qué significa esto, caballerito?

CLOTILDE. -(Echando de ver en su mano envuelta en un pañuelo de seda.) ¿Qué es eso? ¿qué tienes?

MONVEL. -Nada.

CLOTILDE. -¡Cómo! ¿Nada?

MONVEL. -Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco a la puerta del jardín, cuando de pronto vimos venir corriendo hacia ella un perro, de mala traza por cierto, y unos hombres que venían detrás gritando: «¡A un lado, a un lado, qué rabia!» Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada más.

TODOS. -¡Perro rabioso!

MONVEL. -No; miedos pueriles; un instante después le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

HORTENSIA. -Pero usted lo ha creído...

MONVEL. -¡Oh! pardiez, sí.

HORTENSIA. -¡Y a pesar de eso!... ¡Qué generosidad!

MONVEL. -¿Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija o de mi mujer, ¿qué menos podía hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

FERNANDO. -Sin embargo de que usted opina que no debe usted exponer su vida...

MONVEL. -Cuando es preciso, nada más justo. Auto en favor para no exponerla cuando no hay necesidad. Pero ¿qué tenían ustedes cuando he entrado? ¿Comemos, o no comemos?

CLOTILDE. -(Enternecida.) ¡Ah, querido esposo, eres el mejor de los hombres!

MONVEL. -¡Calla!

CLOTILDE. -(Enternecida.) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como no te he amado jamás.

SAUVIGNY. -(A HORTENSIA.) ¿Y ese ejemplo, señora?...

FERNANDO. -Hermana mía, ¿no te decidirás por fin a premiar un amor?...

HORTENSIA. -(Alargándole la mano.) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

MONVEL. -(Cogiendo el brazo de CLOTILDE.) Después de comer, después de comer. (Dirigiéndose hacia la salida.)

FERNANDO. -(Casi al oído de HORTENSIA.) Renuncio en buen hora a mis proyectos de muerte.

SAUVIGNY. -(Cogiendo la mano de HORTENSIA.) Y yo, sólo a tu amor no renuncio.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).